

El Barroco
y
nosotros

Inmaculada Hoyos Sánchez
Pablo Pérez Espigares
(eds.)

El Barroco
y
nosotros

GRANADA
2023

COLECCIÓN FILOSOFÍA Y PENSAMIENTO
SERIE ENSAYOS

Directores: Luis Sáez Rueda, Óscar Barroso Fernández y Javier de la Higuera Espín.

Consejo Asesor: Remedios Ávila (UGR); María Eugenia Borsani (U. de Comahue-CEAPEDI, Argentina); Antonio Campillo (U. de Murcia); Victoria Camps (UAB); Germán Cano (U. de Alcalá de Henares); Pedro Cerezo (Real Academia de CC. Morales y Políticas); Andrés Covarrubias (PUC de Chile); Manuel Cruz (U. de Barcelona); Roberto Esposito (Instituto de Ciencias Humanas, Italia); Marina Garcés (U. de Zaragoza); Juan Francisco G. Casanova (UGR); Alain Jugnon (Nantes); Johannes Kabatek (U. Zürich, Suiza); Fernando M. Manrique (UGR); José Luis Pardo (U. Complutense de Madrid); Paulina Rivero (UNAM, México); Johannes Rohbeck (U. de Dresden, Alemania); Miguel Villamil (U. de San Buenaventura, Colombia).

Este libro ha sido realizado en el marco del Proyecto de Investigación «Herencia y reactualización del Barroco como *ethos* inclusivo» (PID2019-108248GB-I00 / MICIN/ AEI / 10.13039/501100011033), financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación, Agencia Estatal de Investigación, del Gobierno de España.



© LOS AUTORES

© UNIVERSIDAD DE GRANADA

Campus Universitario de Cartuja
Colegio Máximo, s.n., 18071, Granada
Telf.: 958 243930-246220
Web: editorial.ugr.es

ISBN: 978-84-338-7325-5

Depósito legal: Gr./1963-2023

Edita: Editorial Universidad de Granada

Campus Universitario de Cartuja. Granada

Fotocomposición: María José García Sanchis. Granada

Diseño de cubierta: Tadigma. Granada

Imprime: Printheaus. Bilbao

Printed in Spain

Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley

PRESENTACIÓN. <i>La herencia viva del Barroco</i> . Pablo Pérez Espigares e Inmaculada Hoyos Sánchez	9
I. CLAVES INTERPRETATIVAS PARA REPENSAR EL BARROCO	19
Barroco reloaded	21
FERNANDO R. DE LA FLOR	
El <i>ethos</i> barroco como pliegue. Operatividad y función estratégica del concepto filosófico de Barroco	51
IGNACIO AGÜERA FERNÁNDEZ	
«Pliegues y gotas de acontecimientos».	83
SONIA TORRES ORNELAS	
Despresencia y erraticidad. La espectralidad del Barroco y sus formas contemporáneas.	95
LUIS SÁEZ RUEDA	
II. PERSPECTIVAS POLÍTICAS DESDE LA HERENCIA BARROCA.	125
Resistencia y potencia de alternativas desde una melancolía neobarroca. Pensando el ahora con Bolívar Echeverría.	127
PABLO PÉREZ ESPIGARES	
Impolítica y Barroco. Numancia de Cervantes a través de la mirada de Georges Bataille	153
MARÍA GARCÍA PÉREZ	
Del ecologismo como neobarroco: un <i>ethos</i> de resistencia terrestre. . .	173
Francisco J. Alcalá	

III. ENTRE BARROCO Y NEOBARROCO, ENTRE EUROPA Y AMÉRICA, ENTRE HUMANISMO Y POSHUMANISMO	193
Momentos del Barroco ibérico. Desventura, sueño, resistencia y creación. JULIETA LIZAOLA	195
Barroco postcolonial MABEL MORAÑA	213
Mestizaje y Barroco en América Latina. BORJA GARCÍA FERRER	237
Severo Sarduy: revolución del método, cosmética y poshumanismo. MARÍA JOSÉ ROSSI	265
Legado barroco y aportación decolonial para un humanismo otro en época de transmodernidad JOSÉ ANTONIO PÉREZ TAPIAS	285
IV. «CUIDADO DE SÍ» Y PROCESOS DE SUBJETIVACIÓN EN AUTORAS Y AUTORES DE LA TRADICIÓN BARROCA	315
La creatividad como clave de lectura de los «ejercicios espirituales» del barroco hispano MIGUEL ÁNGEL VILLAMIL PINEDA y WILSON HERNANDO SOTO URREA	317
Hegemonía y precariedad: María de Zayas en el canon barroco. ENRIQUE GARCÍA-SANTO TOMÁS	337
Unamuno lector de Gracián. Consideraciones sobre el ethos barroco. GASTÓN G. BERARDI	359
Proyecto de ser. El sujeto barroco como paradigma del sujeto con- temporáneo FRANCISCO VÁZQUEZ	391
El cuidado del sí en Baltasar Gracián JORGE EXPÓSITO	413
José Lezama Lima y María Zambrano: un encuentro en los íferos de la creación poética. AGUSTÍN PALOMAR TORRALBO	435

PRESENTACIÓN

LA HERENCIA VIVA DEL BARROCO

El esplendor de *lo barroco* lo ubicamos temporalmente en el siglo XVII. Es el momento del barroco como época, con su génesis desde finales del XVI y con sus prolongaciones en tiempos posteriores. La cultura del barroco marca con sello indeleble todas las dimensiones de la vida social y de las biografías individuales de lo que entonces se reconocía y se identificaba como ámbito hispánico, aunque no deja de ser pertinente ampliar el campo de visión para hablar de mundo ibérico, pues hasta las realidades políticas de aquella etapa daban pie para esa perspectiva peninsular. No se limitó a España la tierra donde germinó y arraigó con fuerza la cultura barroca; bien sabemos que, llevada al otro lado del Atlántico, fue recreada como barroco novohispano, así llamado en los territorios que quedaron bajo la corona de la Monarquía hispánica. Aquí surgió el punto de arranque de una tradición con características propias que dieron al barroco de lo que acabamos llamando «América» un perfil identificable como plenamente original, siendo factor de identificación que atraviesa siglos hasta el neobarroco contemporáneo. Del lado europeo, el barroco se difundió por los espacios culturales latinos, destacando la fuerza de lo barroco en Italia, para extenderse también, de la mano de una Iglesia católica que quedó confrontada con la Reforma protestante, por países del centro de Europa.

El punto de mira de los trabajos reunidos en este volumen está puesto sobre la herencia de ese barroco con sendas apoyaturas transatlánticas para, viniendo desde sus creaciones del setecientos, recoger su herencia como legado que permanece vivo en el siglo XXI. Es lo que permite, trascendiendo una recepción historiográfica con tentaciones de quedarse en estudiar y cuidar el “museo de la historia”, hablar de *tradición* propiamente dicha, esto es, lo transmitido que nos llega para recoger un testigo que invita a seguir pasándolo, conjugando las claves de escucha receptiva y análisis crítico propias de la hermenéutica que debemos exigirnos. Por lo demás, rescatar

en todo su pluralismo una herencia vivida como propia, con un vector filosófico de indudable potencia que viaja atravesando tiempos –traslizando con él las huellas epistémicas, literarias, arquitectónicas, sociales y políticas del barroco–, es condición para insertarnos, quienes pensamos en las lenguas hispanas y en portugués, en la *conversación filosófica* actual y contribuir con buenas razones al necesario diálogo intercultural de la humanidad que somos.

Siendo, como somos, resultado de múltiples procesos de mestizaje, de hibridaciones culturales de índoles diversas, de transculturaciones que no podemos dar por acabadas –y parafraseando a Kant cuando insistía en que, desde lo que la naturaleza ha hecho de nosotros, se abre lo que nosotros, con nuestra libertad, hacemos de nosotros mismos a partir de nuestra naturaleza–, podemos decir que *somos lo que heredamos, habida cuenta de lo que hacemos con esas múltiples herencias*. Entre solapamientos y mezclas, no cabe duda de que la herencia del barroco es cultural y filosóficamente configuradora de una realidad que asumimos como propia –dicho sea, sin asomo alguno de determinismo identitario–. Al hacerlo no nos movemos en el vacío de un insostenible voluntarismo intelectual. Hacemos pie, en primer lugar, en el estudio de una cultura barroca que emergió en el arranque de la modernidad como expresión de la misma, en medio de una crisis que alcanzaba a todas las dimensiones de las existencias de los humanos en las latitudes europeas antes mencionadas y, por extensión imperialista, en las latitudes de lo que se calificó como «mundo nuevo» de aquellas Indias Occidentales, que así se llamaron en primera instancia. Y, en segundo lugar, tomamos así el pulso a la compleja situación histórica que vivimos en un conflictivo mundo globalizado en el que ya es más que evidente la crisis de la modernidad occidental que ha llegado hasta nosotros.

Se sostiene, pues, que hablemos de la época en la que nos vemos inmersos como *neobarroca*, dadas las analogías procesuales que se encuentran entre la crisis del siglo XVII y esta crisis que, anunciada desde el XX, cabe decir que es rotunda en el XXI. Después de todo y de tanto, si el barroco fue expresión de una *primera modernidad*, ahora, corroborando además que, como se ha dicho, al recorrido de la modernidad le acompaña la crisis como señal de su fluida y permanentemente autocuestionada identidad, nos encontramos con que, consecuentemente, en la *crisis de la modernidad* nos salen al paso razones más que sobradas para hablar de neobarroco –hay quienes han acuñado el término «transbarroco» para subrayar la condición de esa trayectoria hasta la actualidad–.

En las páginas de este volumen se encuentran pormenorizados y actualizados análisis que, recogiendo y matizando muy valiosos estudios precedentes, ponen de relieve el porqué de la crisis que el barroco catalizó

en su día. La idea de colisión entre dos mundos, el de la cristiandad medieval que quedó atrás y el mundo que, tras la transición renacentista, recibió a la postre la denominación de mundo moderno, es la guía para entender las respuestas del barroco en ese hiato histórico al que, ciertamente, es aplicable el rótulo de *brecha* para captar la profundidad de los cambios que lo caracterizaron. Como se ha anticipado, no hubo vertiente humana que no se viera afectada por ellos, desde las dinámicas económicas de corte protocapitalista hasta las políticas protagonizadas por las nuevas monarquías absolutas, desde la imparable Reforma luterana hasta la citada Contrarreforma con que se respondió a ella –con los consiguientes cambios que todo eso supuso en ideologías, formas de legitimación social y política, visiones del mundo, etc.–, desde un escepticismo corrosivo hasta la búsqueda de fundamentos para un conocimiento que se formulaba como nueva ciencia, desde personas y comunidades que pasaban de autocomprenderse en un marco de referencia teológico a verse bajo una perspectiva antropocéntrica que, sin embargo, no les libraba de verse fragmentados y un tanto perdidos en un mundo donde las anteriores referencias de *sentido* se habían desdibujado. Capitalismo naciente, desacralización del poder, secularización en ciernes, ciencia experimental, nueva religiosidad, inéditos procesos de subjetivación..., todo ello, aun con sus antecedentes medievales, era lo nuevo que desestabilizaba el orden conocido anteriormente. Cuando –como diría Marx– *todo lo sólido se desvanecía en el aire*, precisamente en tiempo de burguesía emergente como nueva clase social, quedaba aún en el horizonte una esperanza de salvación, aunque fuera sostenida por una fe que miraba aún confiada en un *Deus absconditus*. Por otro lado, quedaba también en este mundo, máxime en período de decadencia como era en la España de los Austrias de la segunda mitad del XVII, la tarea humana de reconstruir la propia vida en condiciones sociales nada fáciles, y con criterios morales reformulados, que Gracián denominaba *tarea de héroe*, como bien se aborda en diversos escritos de esta obra colectiva.

Si la crisis a la que el barroco dio expresión comportaba, en el lado europeo, una vivencia dramática entre cuyos *pliegues* –dicho al modo de Gilles Deleuze, tan citado en las páginas que siguen– se oscila entre la *nostalgia del paraíso perdido*, o su variante secular de añoranza por la grandeza imperial dilapidada, y la expectativa de una salida salvífica, que a la postre no podía ser sino teológica o, después, mediando una parcial secularización filosófica, teodiceica, dicha crisis –decimos– es la que en el *Nuevo Mundo*, a resultas de lo llevado allí desde el «viejo», fue trágica. El *ethos* barroco descrito por un Bolívar Echeverría que tanto aparece por los textos recogidos a continuación es, en tal caso, modo particular de *ethos* histórico en un barroco que ya es fruto de la colisión añadida a la que res-

pondría el barroco peninsular; allí se trataba, además, de la colisión entre el mundo de los conquistadores y el mundo de los invadidos, el mundo de los colonizadores y el mundo de los expoliados y explotados, cuando no esclavizados. Por ello, recoger la herencia del barroco en el presente es un quehacer que no puede eludir afrontar la *herida colonial* y la subsiguiente *huella colonial* que permanece hasta el día de hoy.

Cabe decir, por tanto, transitando por el puente transatlántico, recogiendo el legado barroco que viaja de ida y vuelta entre las dos orillas, y atendiendo a lo que significa el neobarroco reconocible en nuestra contemporaneidad y puesto en insoslayables diálogos con el pensamiento decolonial y otras corrientes filosóficas, que la herencia del barroco aporta, sin duda, claves para nuestra propia autocomprensión en nuestras crisis actuales. Cada época ha de levantar sus esperanzas en medio de las brumas de su momento histórico; cuando la oscuridad de este tiempo es sumamente densa, nuestra época no lo tiene fácil, pero por ello mismo podemos sentir cómo las coordenadas desde las que se sostenía el sentido de nuestras existencias están tan tremendamente desaparecidas que el remitirse a un «Dios escondido» palidece hasta lo racionalmente imposible cuando al diagnóstico nietzscheano de la «muerte de Dios» cabe apuntarle el siguiente de una humanidad en peligro de muerte –para millones de humanos, se consumó entre hambrunas, crímenes de guerra, campos de exterminio y genocidios–. Es por ello que hablamos en estas primeras décadas del siglo XXI de época *neobarroca*, subrayando en el «neo-» lo que se afronta no ya como escepticismo difícil de vencer, sino como nihilismo apabullante: ¿Cómo hablar de aquella relación entre finitud e infinitud que la cultura barroca del setecientos podía rastrear entre sueños y vigilias, entre sus despliegues y repliegues, cuando estamos en medio de una cultura cínica que juega perversamente con las mismas diferencias que se manifiestan en múltiples perspectivas, mas para acabar imponiendo a todas ellas el reciclado Uno de una voluntad de dominio a la que difícilmente se le puede poner freno? No obstante, recogiendo los hilos de un legado barroco tan valioso como irrenunciable, que nos trae al presente la memoria de lo que fue el atisbo de una modernidad que pudo ser de otra manera, distinta de la capitalista, imperialista y eurocéntrica que se impuso, una *modernidad otra*, nos atrevemos en estas páginas incluso a hablar en algunos casos de un *humanismo otro* en el que pueda caber sin exclusiones económicas, políticas, patriarcalistas o culturalmente supremacistas, la humanidad que, desde la diversidad, somos.

De todos estos acuciantes asuntos tratan los capítulos que las lectoras y lectores podrán encontrar en las páginas que siguen. En primer lugar, el estudio de Fernando Rodríguez de la Flor se interroga por la forma en

que hoy nos interpela el Barroco y lo barroco, como formación histórica lejana y extraña, y como sistema estético-antropológico. Para ello el autor se hace cargo de nuestro «yo fracturado», no tanto para centrarse en el modo en que se expresó la subjetividad barroca en su momento, sino para dar cuenta de los usos y abusos a los que hoy, en una España fracturada por disputas territoriales y nacionalistas de diversa índole, se halla sometido el legado barroco. No sólo se trata de un terreno disputado según se haga un acercamiento catalanista o españolista al mismo –cuestionando entonces la homogeneidad de ese «nosotros» que reclama una cierta cercanía con lo que significó ese período–, sino que también se trata de un terreno abonado para lecturas sesgadas o cuando menos inconclusas de la historia española por parte de cierto hispanismo internacional. Frente a esas aproximaciones, y tras recorrer las distintas oleadas y las distintas geografías académicas en las que ha resurgido el barroco a lo largo del siglo XX, el autor reivindica el serio trabajo que se viene realizando en la academia española desde diferentes disciplinas en las últimas décadas, subrayando, no obstante, la falta de comunicación entre ellas o la ausencia de un vocabulario compartido o hilo común que hilvane ese retorno de lo barroco.

El trabajo de Ignacio Agüera propone articular el concepto de *ethos* barroco elaborado por Bolívar Echeverría, como un dispositivo funcional y estratégico de acción ante la Modernidad, con la operatividad de la idea de *pliegue* formulada por Gilles Deleuze. De este modo, el autor reflexiona acerca de las posibilidades y los límites del Barroco como un dispositivo estratégico de análisis ontológico. Esta tesis es testada, además, a través del examen de la obra de Baltasar Gracián interpretada a la luz de ciertos aspectos que Deleuze subraya en su lectura de Foucault y Nietzsche.

Sonia Torres Ornelas plantea en su trabajo la posibilidad de que algunas versiones del universo culinario latinoamericano puedan ser consideradas dentro del Barroco. En particular, se centra en el mole (*mulli*), un platillo mexicano compuesto por una interesante variedad de elementos, que desafían la contradicción entre lo nativo y lo extranjero, lo dulce y lo salado, lo neutro y lo picante, en un gesto provocativo que aproxima la cocina con la literatura y la poesía de Lezama Lima, Carpentier y Sor Juana Inés de la Cruz, de quienes se dan algunas pinceladas.

El estudio de Luis Sáez Rueda comienza situando y analizando la experiencia barroca del siglo XVII a partir de dos rasgos fundamentales, la «despresencia» y la «errancia». Si, por un lado, el Barroco experimenta una huida de lo infinito divino que queda retenida en el mundo en la forma de una *ausencia presente*, por otro, y en estrecha conexión con el motivo anterior, el hombre barroco y la realidad por él pensada adoptan un carácter

errante. Desde una imponente incursión en la sutil ontología barroca, el autor muestra cómo en el Barroco el mundo queda re-encantado, habitado en sus pliegues por una espectral pero ejecutiva despresencia: lo infinito no *ec-siste* en las realidades del mundo, sino que *in-siste* o *sub-siste* en ellas, forjando así una *fantasmagoría* compartida cuya profundidad es telúrica y no meramente apariencial, lo que imprime a la existencia humana una dinámica ex-céntrica de autotrascendimiento. El nexo interno entre despresencia y errancia se hace ostensible en la «espectralidad» del mundo del Barroco, cuyo dispositivo, a juicio de Sáez Rueda, no ha dejado de insistir en el fondo de la cultura occidental moderna y contemporánea, de ahí que recurra al término «transbarroco» para referirse a nuestro presente y al *pensamiento de la diferencia* para descifrar sus claves.

Tomando como punto de partida la obra de Enzo Traverso, el capítulo de Pablo Pérez Espigares intenta mostrar cómo también en el trabajo del mexicano de origen ecuatoriano Bolívar Echeverría esa «melancolía de izquierda» de la que hablara el historiador italiano se conjuga como *melancolía neobarroca*, una vez que el pensamiento, la filosofía y la producción cultural en general se hacen cargo del trauma de lo que supuso el colonialismo. Leyendo la historia desde esa otra perspectiva y articulando, por tanto, una concepción distinta de la *memoria*, esa melancolía neobarroca puede ser, a juicio del autor, la antesala para replantear la *utopía* de otro modo, situando su fuerza crítica en la empatía y la identificación con los vencidos de la historia, tal y como lo planteó Walter Benjamin, cuyo pensamiento está muy presente en la interpretación que aquí se hace del *ethos* barroco formulado por Bolívar Echeverría.

El trabajo de María García Pérez subraya de un modo novedoso la inscripción neobarroca de índole ontológica del pensador francés Georges Bataille. El neobarroco batailleano —como escribe la autora— no se circunscribe únicamente a cuestiones estéticas (ligadas al erotismo y a la teoría de las artes), económicas (en lo que tiene que ver con su crítica al capitalismo, asumida en parte por Severo Sarduy y Bolívar Echeverría) o políticas (como crítica de los fascismos y los totalitarismos), sino que, más profundamente se inscribe en una ontología a la que se ha de atender para encontrar la figura completa de lo que Bataille quiere expresar. Para explorar esta tesis, García Pérez toma como punto de partida la reflexión que Bataille realiza en torno a la obra cervantina *Numancia* y que pone el foco en la emergencia paradójica de una soberanía inconquistable.

El capítulo de Francisco J. Alcalá aborda uno de los desafíos más acuciantes de la actualidad: el de la grave crisis ecológica que sufre nuestro planeta. El autor propone, de un modo original, interpretar la resistencia del movimiento ecologista y especialmente la desarrollada por los teóricos

de Gaia, James E. Lovelock, Lynn Margulis, Bruno Latour o Timothy M. Lenton, desde las claves del *ethos* neobarroco. Esto permite al autor no sólo mostrar la fuerte oposición que el ecologismo desarrolla frente a las dinámicas políticas heredadas de la Modernidad, sino también, y especialmente, dilucidar, como un aspecto clave del ecologismo, su compromiso con un ideal antropológico que toma como principio regulativo una agencia que excede la humana, aunque la integre, y que el autor califica como «agencia terrestre».

Tras elaborar un esbozo histórico-cultural del contexto en el que surge el Barroco peninsular y novohispano, Julieta Lizaola medita acerca de lo que significa hoy el barroco ibérico y nos hace preguntarnos sobre el presente y el futuro de «nuestro barroco», entendido no como un fenómeno de época con fecha de caducidad cumplida sino como un proceso cultural aun vivo. Lizaola aborda esta cuestión retomando la influencia del barroco literario clásico en el pensamiento de María Zambrano y explorando la actualidad de ideas como la desventura, el sueño, la resistencia o la creación.

El estudio de Mabel Moraña delimita el significado del concepto de Barroco en su flexión postcolonial. Para ello la autora parte de dos premisas. La primera considera que el Barroco es un modelo epistémico «que permite observar e interpretar lo que es desde un *lugar cognitivo-enunciativo- otro*: alternativo, oblicuo, contra-normativo». La segunda premisa se refiere a los *retornos del barroco*, es decir, a una estética pluriversal continua que desorganiza las lógicas dominantes capitalistas dando lugar al insumiso y carnavalizado mensaje de la periferia y del margen. El capítulo concluye con una pertinente reflexión sobre la barroquización postcolonial en la era digital, y además de señalar la utilidad del concepto para explicar el funcionamiento del ciberespacio o el hipertexto, plantea una serie de interrogantes críticos acerca de las diferentes valencias que esos procesos de barroquización pueden adoptar en función de si sus dinámicas responden o no a intenciones descolonizadoras y vitalistas.

El capítulo que Borja García Ferrer dedica a la importancia del mestizaje para la articulación de la idea de Barroco propia de América Latina explora también la tercera vía que supone el planteamiento de Bolívar Echeverría, pero en este caso, como una forma de superar la dicotomía en los debates que sobre el Barroco mantienen los hispanistas y los indigenistas. García Ferrer afirma que es en América Latina donde el *ethos* barroco, trasgresor y mestizo, puede desarrollar con mayor alcance su fuerza emancipadora frente a los valores neuróticos del capitalismo. Y lo haría efectuando una «negación creadora» del capitalismo basada no tanto en la lucha y la conciencia de clase, sino en la reivindicación de los instintos, la estética pasional y la alegría de su naturaleza.

El trabajo de María José Rossi se centra, en la obra de Severo Sarduy y lo que ella significa, no sólo como estudioso del neobarroco, sino él mismo como autor que encarna lo neobarroco. Apoyándose para su hermenéutica en autores que van desde Foucault y Barthes hasta Álvarez Solís con su *Filosofía de la apariencia física*, Rossi retoma la visión del barroco que Sarduy desgrana en sus obras con esa red que tiene sus nudos en el artificio, la apariencia, el analogismo, el cuerpo..., hasta considerar el papel mismo del error y la deformación en los productos artísticos, especialmente literarios, en los que lo barroco se ofrece. Ellos son reelaborados a través de los recorridos culturales que llegan hasta el neobarroco, expresión a su vez de la identidad, tan impactante hacia fuera como evanescente hacia dentro, de América Latina. Y siguiendo ese cabo, Rossi aproxima el neobarroco, con su cuestionamiento de identidades y su desdibujamiento de fronteras, al poshumanismo que en nuestro tiempo gana eco.

El capítulo de José A. Pérez Tapias, tras dar cuenta de las características que por sus diferentes contextos distinguen –habida cuenta todo lo que tienen en común– el Barroco hispano del siglo XVII y el Barroco de América que se llamó novohispano, sigue la pista de la evolución de la cultura barroca a uno y otro lado del Atlántico. El autor recupera elementos del *ethos* barroco que estudia Bolívar Echeverría como factores que alientan una memoria y una resistencia de «contraconquista», que en la actualidad constituyen un puente de conexión con planteamientos del pensamiento decolonial. Según Pérez Tapias, la búsqueda de mediaciones entre la herencia actualizada del barroco y dicho pensamiento decolonial aporta claves para repensar el mestizaje, plantear una interculturalidad crítica y avanzar hacia un «humanismo otro» que sea clave ética y orientación política para un nuevo tiempo de *transmodernidad* que, como señala Enrique Dussel, pueda abrirse paso tras la crisis de la modernidad y el cuestionamiento de la hegemonía de Occidente.

El estudio de Miguel Ángel Villamil y Wilson Hernando nos ofrece los aspectos fundamentales de lo que ellos denominan «espiritualidad barroca», mostrando cómo dicha cuestión constituye un elemento interpretativo fundamental para abordar el Barroco Hispano y analizando su conexión con la espiritualidad jesuita originaria. Apoyándose, pero también tomando distancia y poniendo en perspectiva los estudios de Foucault y Hadot sobre este punto, los autores sostienen que es posible hallar en Baltasar Gracián los cimientos de una «espiritualidad barroca» fundamentada en la creatividad, como despliegue de una dinámica de trascendencia que emerge del seno mismo de la inmanencia. En ese sentido, también apuntan cómo los análisis de los modos de adaptación, resistencia y creatividad asociados a dicha espiritualidad permiten comprender y dar respuesta en clave neobarroca a la situación latinoamericana.

El trabajo de Enrique García Santo-Tomás gira en torno a la figura de María de Zayas y la compleja recepción crítica de su obra, analizando cómo en el último siglo se aprecia una sostenida fascinación tanto con su persona, de la que apenas se tienen datos biográficos, como con su legado narrativo, poético y dramático. Como puntos de inflexión en la proyección de Zayas y de su consideración para una revisión del canon literario, el autor destaca, entre otros, el estudio sobre la narradora madrileña a cargo de Lena Evelyn V. Sylvania, que contribuyó, además, a despertar el interés por el estudio de la cultura áurea y, por extensión, de la historia económica y social de la mujer en España. Del mismo modo, subraya el papel jugado por Juan Goytisolo al ofrecer una lectura muy moderna y menos prejuzgada sobre una autora considerada como subversiva y al elogiar aspectos que hasta el momento habían sido motivo de censura. En ese exhaustivo recorrido por el proceso de recepción crítica del legado de Zayas, García Santo-Tomás muestra cómo a través de esa voz femenina el Barroco llega hasta nosotros desde la resistencia al olvido a través de festivales de teatro o actividades docentes o proyectos editoriales.

El capítulo de Gastón G. Beraldi cubre una cierta laguna en los estudios sobre Baltasar Gracián y su influencia en Miguel de Unamuno. Es cierto, como el propio autor reconoce, que en la obra de Unamuno las referencias explícitas a Gracián no son muy numerosas, pero, tal y como objeta Beraldi, esto no significa que el impacto de Gracián en el pensamiento de Unamuno no sea relevante. Beraldi se inspira en los trabajos de Bolívar Echeverría sobre los textos de Unamuno, para reflexionar acerca de la dimensión política del *ethos* barroco y centrándose en dos ejes, el del pesimismo-guerra-*ethos* barroco, por un lado, y el de juegos de ideas-artificio, por otro, encuentra un vínculo conceptual común, la noción echeverriana de *tertium datur*, a partir de la cual se puede explorar la relación entre Unamuno y Gracián.

En el trabajo de Francisco Vázquez encontramos una propuesta para repensar el concepto de sujeto alejado de la visión fraguada por la modernidad hegemónica. Desde la perspectiva abierta por el Barroco y en particular por la obra de Baltasar Gracián, cabría esbozar una subjetividad alternativa, pensada en su conexión con el mundo y con el otro y no ya desde su carácter cerrado y autónomo. El autor no se limita a recuperar el pensamiento de Gracián, sino que rastrea la huella de ese pensamiento del sujeto propio del Barroco en autores como Nietzsche o Simondon, mostrando la evolución y la actualidad de esa alternativa.

Por otra parte, Jorge Expósito elabora una lectura *à la Foucault* de la ética de Baltasar Gracián. Su estudio subraya la importancia que el cuidado de sí adquiere en la obra del pensador barroco, en la medida en

que también éste considera que *llegar a ser persona* supone una transformación del modo de ser del sujeto que sólo se da mediante una serie de prácticas o ejercicios espirituales. El trabajo de Expósito se centra en dos de estas prácticas, a saber, la meditación y la conversación. El análisis que nos propone Expósito señala la especificidad del barroco español como una forma de Modernidad *otra* y su actualidad, que no consiste tanto en la reactualización de formas pasadas de pensamiento –como puntualiza el autor–, sino en la apertura a las formas de vida *otras* que esta idea de Barroco propicia.

Cierra el volumen el trabajo de Agustín Palomar, que establece un sugerente diálogo entre Lezama Liza y María Zambrano a propósito de la creación poética. A partir de ese diálogo se van articulando imágenes comunes como la de lo profundo y lo irreductible, comprendiendo esto último como aquello que trascendiendo lo visible, no lo niega, y que es, para ambos autores, lo propio de la poética. En el capítulo también encontramos pensamientos evocadores sobre las raíces espirituales de la creación poética vinculadas, en el caso de Lezama Lima, a un llamativo catolicismo órfico.

Estos párrafos introductorios, además de agradecer la atención regalada por quienes hagan inmersión en esta obra colectiva, no pueden darse por concluidos sin expresar el más sincero agradecimiento a quienes colaboran en ellas con los capítulos respectivos, participantes de muy distintas procedencias, de universidades latinoamericanas, estadounidenses, francesas y españolas. Es de agradecer, igualmente, que la Editorial de la Universidad de Granada acoja de nuevo lo que es uno más de los resultados de los trabajos llevados a cabo en el marco del proyecto de investigación «Herencia y reactualización del barroco como *ethos* inclusivo» (PID2019-108248GB-I00 / MICIN/ AEI / 10.13039/501100011033), financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación, Agencia Estatal de Investigación, del Gobierno de España.

La satisfacción por un logro tan compartido no es pequeña.

I.
CLAVES INTERPRETATIVAS
PARA REPENSAR EL BARROCO

BARROCO RELOADED

FERNANDO R. DE LA FLOR

Universidad de Salamanca

Corría el año 1979 y en el contexto de dos números dobles –el 5-6 y el 8-9–, dedicados por la revista *Diwan* al barroco, aparecía el influyente texto de Bonet Correa destinado a la fiesta, y se encontraba también Ernesto Giménez Caballero, que escribía un artículo titulado «El barroco (explicado para niños de todas las edades)»¹. Por supuesto, tratándose del creador de *Yo, inspector de alcantarillas* y, sobre todo, del autor de *Arte y Estado*, de *Genio de España* y *Circuito imperial*, lo cierto es con aquel texto se adelantaba cosa de siete años al famoso libro de Lyotard, que había aparecido en 1986: *La posmodernidad explicada a los niños*². *Gecé*, como le llamaban al vanguardista Ernesto Giménez Caballero en los tiempos de la *Gaceta Literaria*, era el representante en un principio más caracterizado para encarnar los ideales menéndezpelayistas del nacional-catolicismo y la correspondiente imperiofilia, de la que hoy Villacañas le hace uno de los responsables³. Resulta que, durante años, desde la editorial que él mismo había fundado, *Gecé* se encargó de que los niños tuviesen una visión de España y de su entramado imperial, en buena medida construido por lo

1. *Diwan*, vol. 5/6 (1979), pp. 23-31. Se le había adelantado PEMAN J. M., quien había escrito su libro: *La historia de España contada con sencillez. Para los niños y para muchos que no lo son*, Cádiz, Escelicer, 1938, que incluía una visión del Siglo de Oro.

2. El famoso texto de LYOTARD, apareció en francés en 1986 y, un año después, fue traducido al español en la editorial barcelonesa Gedisa.

3. Acudamos al título del ensayo contra Elvira Roca que ha puesto en circulación VILLACAÑAS, J.L., *Imperiofilia y el populismo nacional-católico*, Madrid, Lengua de Trapo, 2019, después de haber escrito este otro: *¿Qué imperio? Un ensayo polémico sobre Carlos V y la España imperial*, Córdoba, Almuzara, 2008, el último de los citados, debidos a Villacañas, acaso motivado por un epílogo a la obra de KOENIGSBERGER, H., *La práctica del imperio*, escrito por FERNANDEZ ALBALADEJO, P., «Repensar el imperio», Madrid, Alianza, 1989, pp. 245-258.

que se llamaba –pero ya no se llama en aras de la corrección política– Siglo de Oro o, incluso, *Edad de Oro*⁴.

En cualquiera de los casos, ya se trate del barroco o de la posmodernidad, de Lyotard o de *Gecé*, los niños han crecido. Somos nosotros los destinatarios ideales de aquellos escritos; y somos nosotros a los que se refiere, con ese pronombre tan personal, este volumen publicado por las prensas granadinas: «El barroco y nosotros»⁵. Lo que quiere decir que una formación histórica lejana, extraña, y un sistema estético-antropológico muy diferente al de hoy contacta con nosotros, con nuestros desvelos de eruditos académicos. ¿Pero en qué punto y manera lo hace? Ese es el enigma al que le dedicaré mi reflexión.

Nos hemos convertido en los «hijos» para quienes escribía la pluma muerta de Ernesto o *Gecé* hacia 1979 y, por supuesto, también la de Lyotard, desaparecidos, a efectos de lo que luego trataré, antes de los albores del nuevo siglo en que estamos instalados, y al que hemos sido arrojados con una velocidad cada vez mayor. *Velocidad de escape*, le llaman algunos⁶. Entenderemos aquí que se trata de huir del barroco (no menos que de «lo barroco»), de sus muchas lacras para llegar a las playas de una situación razonable como la que persiguió la Ilustración; ya que la salida de la minoría de edad de las sociedades del primer mundo no se consigue hasta ese siglo XVIII, una vez superado el tiempo de los Habsburgo.

Desde esta perspectiva, nos preguntaremos por el destino que ha tenido entre nosotros el barroco. Lo haré en tanto que españoles; es decir: habitantes en el pasado de una ubicación geográfica que pudo con propiedad ser llamada la *Península metafísica*⁷ y, en cierto modo, porque la historia misma, como quiere Gruzinski, debe ser pensada a partir del *locus* específico desde el cual cada uno está hablando. Revisaré también, de algún modo, si ese barroco ha podido influir en que alcancemos una modernidad «otra»; la que precisamente se aventura en el modo del neobarroco, puesto en circulación

4. Vol. 3 de *Lengua y Literatura de España: La Edad de Oro. 3º Curso. Epopeya y mística*, Madrid, Imprenta de E. Giménez, 1943.

5. Ya antes DE LA HIGUERA, J. había empleado un título semejante: «El Barroco y nosotros. Perspectiva del Barroco desde la ontología de la actualidad», en: *Actas del Congreso Internacional Andalucía Barroca*, Sevilla, Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía, 2009, pp. 105-113.

6. DERY, M., *Velocidad de escape. La cibercultura en el final de siglo*, Madrid, Siruela, 1998.

7. El mismo *skyline* de las antiguas ciudades españolas revela una dedicación en algo «sagrada». Véase mi libro *La Península metafísica. Arte, Literatura y Pensamiento en la España de la Contrarreforma*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1999.

por los hispanoamericanos⁸. Aunque es sabido por todos que en la situación de la fracturada España hay regiones, y multitud de personas en ellas, que no comparten lo que José Antonio Primo de Rivera llamaba «unidad de destino en lo universal»: una expresa referencia a la época de los Austrias y a lo que se llamó el «austracismo». Asunto este que es una herencia que se intentó revitalizar en los cuarenta largos años del franquismo.

De modo particular, han tomado parte en ese no sentirse herederos del barroco y, en definitiva, herederos de los Austria que lo representan mayestáticamente, los variados intelectuales que desde los países catalanes han construido visiones demoleadoras de ese mismo complejo estético-histórico. Del cual hay que decir que se constituyó al cabo en un sistema absolutamente original de contemplar el mundo⁹; eso sí: «desde esta ladera» y desde su propia idiosincrasia¹⁰.

Pero: ¿nosotros somos todos nosotros? ¿No será más bien que ciertas personalidades y ciertos núcleos de poder territorial se niegan a ver en ese «austracismo», en ese barroco, una sustancia común que los vinculara con un pasado del que nada quieren saber?

¿Podemos negar que fue la Generalitat catalana la que promovió una exposición con el nombre de *El d_efecto barroco*? Exposición y texto en Barcelona que lucía como subtítulo lo siguiente: «Lo hispano está embarrocado ¿quién lo desembarrocará? El desembarrocador que lo desembarroque buen deshispanizador será». Libro en donde el arte barroco se ve como una pieza articular sobre la que se apoya, con el objeto de ser más persuasivo, el concepto de «hispanidad»¹¹.

8. Ha habido entusiastas de esta posibilidad, incluso antes de que existiera el concepto de «neobarroco», véase al caso PALACIO ATARD, V., «Razón de España en el mundo moderno», en: *Arbor*, vol. 22 (1950), pp.161-178. Y véase también de SCHUMM, P., «El concepto *barroco* en la época de la desaparición de fronteras», en el volumen por ella editado: *Barrocos y modernos. Nuevos caminos en la investigación del Barroco iberoamericano*, Berlín, Vervuert/Iberoamericana, 1998, pp.13-30

9. En definitiva, un «sistema propio», un «imperio de por sí», como denomina a la política española, FERNÁNDEZ ALBALADEJO, P., en: *Materia de España. Cultura política e identidad en la España Moderna*, Madrid, Marcial Pons, 2007, y que es fruto de las estructuras consiliarias de que se dotó la Monarquía Hispánica de entonces.

10. Plagio el título de MARQUEZ VILLANUEVA, F., *El problema morisco desde otra ladera*, Madrid, Libertarias/Prodhuvi, 1991. Un seguidor de Márquez es GONZÁLEZ-ALCANTUD, J. A., quien en *Lo moro. Las lógicas de la derrota y la formación del estereotipo islámico*, Barcelona, Anthropos, 2002, escribe sobre uno de los vectores que atraviesa el mundo hispano del barroco.

11. *El d_efect barroco. Polítiques de la Imatge Hispana*, Barcelona, Diputació de Barcelona, 2010.

El barroco es, definitivamente, el lastre que pesa sobre la historia de España, según los organizadores de esta muestra. ¿Se puede olvidar, o pensar, por otra parte, que fue inicuo el que José Luis Marzo se haya convertido en un máximo denigrador del período barroco español con su libro, *La memoria administrada. El barroco y lo hispano*¹²?

El Barroco y su dimensión imperial, para este tipo de discurso de nuestros días, constituye un mito, una fábula unitaria, un engaño a través del cual un Estado censor, agresivo y profundamente ineficiente explota un lenguaje artístico-textual seductor, basado fundamentalmente en una represiva consideración de lo religioso¹³. A través de este lenguaje espiritado y místico es como logra el consentimiento de los colonizados, y de todo historiador y crítico que se haya sentido fascinado por su nivel de persuasión y por su retórica. Lo cual, justo en este momento histórico marcado por el ahora, comienza a despertarse debido a la acción de sus artistas y estudiosos decolonizadores¹⁴.

Lo barroco, en definitiva, para las nutridas huestes anti-barroquistas, no sería más que una estrategia de supervivencia, una cortina de apariencias, una cultura hiperexpresiva (hasta la histeria formal y gongorina o, mejor: *churrigueresca*), un cenotafio al estilo del alzado en Sevilla por Felipe II y en el cual pudiera leerse aquella sentencia del «fuese y no hubo nada». También: un *Retablo de las maravillas* (para aludir de nuevo al gran Cervantes). Cultura, la barroca, que, en su envés, ostenta los mayores grados de explotación, violencia y corrupción que un sistema político y su desenvolvimiento en la historia hayan ostentado.

12. Buenos Aires, Katz, 2010.

13. SUBIRATS, E., había ya lanzado un primer y demoledor ataque, desde editoriales periféricas, a la mística española en su *El alma y la muerte*, Barcelona, Anthropos, 1983.

14. De ahí que la exposición *El de_fecto barroco* dé la palabra a artistas que sitúan su trabajo en planos postcoloniales, denunciando la opresión que la hispanidad, en cuanto estética, ha ejercido sobre los pueblos de Latinoamérica. Una exposición que construía el mismo tipo de discurso es, para el barroco colonial andino, la del *Principio Potosí Reverso*, exposición y catálogo producidos por el Museo Nacional de Arte, Centro Reina Sofía, 2010. Para una consideración de la producción barroquista de Iberoamérica, la necesaria *Crítica de la razón poscolonial. Hacia una historia del presente evanescente*, Madrid, Akal, 2010, que ha realizado SPIVAK, G. Y para una correcta visión del problema por parte de los historiadores, de IZQUIERDO, J., «Identidades para el extrañamiento. Reflexiones sobre la subjetividad en el pasado», en: Pardos, J.L. et al. (eds.). *Historia en fragmentos. Estudios en homenaje a Pablo Fernández Albaladejo*, Madrid, UAM, 2017, pp. 821-830.

La propia lengua castellana, en su máximo momento de excelencia¹⁵, estaría contaminada y lleva dentro de sí un sentimiento de exceso y censura; un amor al disparate metafísico, según esta vez Bergamín¹⁶; de igual manera que una querencia hacia la ficcionalización y la metáfora, según García Gibert¹⁷. Gracián, en tanto que máximo teórico del nuevo estilo conceptista, cae bajo esta desautorización de lo barroco. Son las «heladas naderías» barrocas, las inconveniencias semántico-metafóricas de un Baltasar Gracián, quien fuera de este modo desautorizado por el que pasa por ser el máximo escritor de nuestros días en lengua castellana: Borges; y que escribe sobre el jesuita:

A las claras estrellas orientales
que palidecen en la vasta aurora,
apodó con palabra pecadora
gallinas de los campos celestiales.

A todo lo cual ahora se añade la posibilidad de ser una lengua no inclusiva; es decir: que deja fuera a los marginados y, especialmente, a las mujeres.

En verdad, asistimos en nuestros mismos días a la deconstrucción de la universalidad de la producción barroca artística, eminentemente castellana, tanto como a la del sistema político que la crea.

Desde ese mismo campo catalanista-independentista, por su parte Miquel Izard escribe en el *Rechazo a la civilización*¹⁸, como dice la contraportada de su libro, una «polémica revisión crítica de la historiografía castellanista sobre la conquista»¹⁹. Rechazo a la cultura de implantación española de América, la cual era uno de los logros centrales en que se apoyaba la reivindicación del barroco hispano, puesto de nuevo en circu-

15. Que, desde luego, coincide con el auge del conceptismo y el culteranismo al que MENÉNDEZ PIDAL, R. ha dedicado un imprescindible libro: *La lengua castellana en el siglo XVII*, Madrid, Espasa Calpe, 1991.

16. Fue BERGAMÍN, J. el que ha teorizado el disparate hispano: *El disparate en la literatura española*, Sevilla, Editorial Renacimiento, 2005.

17. GARCÍA GIBERT, J., «El ficcionalismo barroco en Baltasar Gracián», en: GRANDE, M./PINILLA, R. (eds.). *Gracián: Barroco y modernidad*, Universidad Pontificia de Comillas/ Diputación de Zaragoza Institución “Fernando el Católico”, 2004, pp. 69-101.

18. La obra lleva como subtítulo *Sobre quienes no se tragaron que las Indias fueran esa maravilla*, Barcelona, Península, 2000.

19. Ha tenido que ser el libro de CERVANTES, F., *Conquistadores. Una historia diferente*, Madrid, Turner, 2021, el que ponga las cosas en sus justos términos.

lación en los años del franquismo, que en su nombre alumbró el concepto político-cultural de *Hispanidad*²⁰.

Rechazo visceral que, acaso, tuvo su punto de origen en la obra de Rafael Sánchez Ferlosio (*Esas Yndias equivocadas y malditas*), de nuevo publicado en una editorial catalana²¹. Y hasta podríamos señalar la canción que, en los años ochenta, concibió el hermano de aquel, Chicho Sánchez Ferlosio, que se llamaba «Atrás, atrás a contratiempo», y que hacía referencia a que debían desandar el camino las naves de Colón, las cuales habían llevado al descubrimiento de América (esas «Yndias malditas»). Se especulaba en esta canción con «volverse atrás, a contratiempo».

A todo lo cual supuso su colofón el libro de la *Gran perturbación. Discurso del indio metropolitano*, del filósofo Fernández Buey²² –libro publicado, ¿cómo no?, de nuevo en una editorial catalana–, que fue el texto que abrió la puerta a la idea, realmente cumplida en nuestro momento, de que las estatuas de Colón y de los misioneros hispanos fueran derribadas en todas partes como integrantes de una historia maldita y no deseada en el presente.

Aquel libro de Fernández Buey abordaba un neo-indigenismo; y según él mismo había habido un verdadero genocidio perpetrado por la Monarquía hispana castellanista en sus virreinos de América. Era la misma interpretación de aquel otro libro, también debido a Fernández Buey, que se llamó *La barbarie: de ellos y de los nuestros*, publicado de nuevo en Barcelona²³. En todo lo cual, hay que decir que ambos textos y la ideología que los subyace estaba en sintonía con un crítico de primerísima hora, como era Eduardo Subirats, quien en el *Continente vacío. La conquista del mundo y la conciencia moderna*²⁴, connotaba de negativo todo lo que había sido la huella española-castellana –que no catalana– en América.

No se puede negar tampoco que en la barcelonesa editorial Anagrama se ha publicado recientemente la obra de Josep María Colomer, *España*.

20. Esto según PÉREZ VEJO, T., *Repúblicas urbanas en una monarquía imperial. Imágenes de ciudades y orden político en la América virreinal*, Colombia, Universidad Nacional de Colombia/Planeta Colombiana, 2018. VILLACAÑAS, J. L., en su «Hispanidad: Maeztu y Morente», en: *The Colorado Review of Hispanic Studies*, vol. 5 (2007), pp. 121-143, aunque no expresamente, coloca a Giménez Caballero junto a Maeztu y Morente, haciéndole responsable de la idea de «Hispanidad», pero su verdadero enemigo es el Gustavo Bueno de *España frente a Europa*.

21. Barcelona, Destino, 1996.

22. Barcelona, Destino, 1995.

23. Barcelona, Paidós, 1995.

24. Barcelona, Anaya/Mario Muchnik, 1994.

*Historia de una frustración*²⁵, acaso en seguimiento del antiguo texto de un catalanista como Pompeyo Gener: *De la incivilización de España*. O, incluso, siguiendo la estela inaugurada por la obra de Juan Pedro Aparicio, *Nuestro desamor a España*; la cual mereció el premio Jovellanos, y se editó en 2016. Y, también, el texto de todos conocido de Juan Pedro Quiñonero, su: *De la inexistencia de España*, que ha merecido tener una edición en catalán²⁶.

Desde el otro lado del espectro independentista, es decir desde el País Vasco, se ha escrito lo que pasa por ser el mayor ataque a esa «piedra lírica» (como le llamaba Ortega y Gasset), que es El Escorial; sobre todo el de Felipe IV, quien construyó la célebre capilla sepulcral de los reyes de España. Se trata de un libro denigratorio contra todo pasado español o españolista, que se titula: *El Escorial. Imperio y estómago*, y es de David Bestué²⁷. Libro el cual sigue fielmente, en este tipo de visión lúgubre de la historia de España, los pasos de un hijo de la Ilustración, un liberal como lo fue José Manuel Quintana, en su poema *Al Panteón del Escorial* plagado de tonos efectistas²⁸.

Los ejemplos se multiplican, y con estos basta para evidenciar que ese «nosotros» no somos «todos nosotros» los que acudimos al período barroco en busca de alguna iluminación; sino que, en particular, es un signo de estos tiempos la desagregación de los conjuntos –por otro nombre deconstrucción de lo acriticamente asociado–, la cual afecta a las nociones establecidas, no menos que a los conjuntos antiguamente llamados *nacionales*.

El yo fracturado –entre El Quijote y don Alonso Quijano el Bueno– representa una frontera que tiene dos momentos: el de su locura y el de la curación de esta. Todo lo cual suministra un buen ejemplo ficcional en el barroco de lo que es una disgregación; y, en efecto así se llamó un libro publicado en la editorial del Círculo de Bellas Artes²⁹.

25. Barcelona, Anagrama, 2018. Un buen estado de la cuestión del pensamiento español actual respecto a América del Sur es el de ABELLÁN J.L./MUNCLÚS, A. (coords.). *El pensamiento español contemporáneo y la idea de América*, Barcelona, Anthropos, 1989.

26. Tecnos, Madrid, 1998. La edición catalana es la de 2017.

27. No por azar, la edición de tal texto se encuentra en Bilbao, en la editorial Caniche en 2021.

28. «En los amargos días/que serán luto eterno en la memoria/y a los siglos remotos indignada/con hiel y llanto pintará la historia...» (en: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes)

29. VVAA. *El yo fracturado. Don Quijote y las figuras del Barroco*, Madrid, Ediciones Pensamiento Círculo de Bellas Artes, 2006.